

28 DICIEMBRE 2008
FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA



Si 3, 2-6.12-14. El que teme al Señor honra a sus padres.
 Sal 127. ¡Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos!
 Col 3,12-21; Sobrellevaos mutuamente y perdonaos.
 Lc 2,22-40. El niño iba creciendo y se llenaba de sabiduría.

1. CONTEXTO

NAZARET Y FAMILIA

Nazaret era un pequeño poblado en las montañas de la Baja Galilea. Sabemos que estaba a unos 340 metros de altura, en una ladera, lejos de las grandes rutas, en la región de la tribu de Zabulón. Una quebrada conducía en rápido descenso al lago de Genesaret. No parece que hubiera verdaderos caminos entre las aldeas. Tal vez el más utilizado era el que levaba a Séforis, capital de Galilea cuando nació Jesús. Por lo demás, el poblado quedaba retirado en medio de un bello paisaje rodeado de alturas. En las pendientes más soleadas, situadas al sur, se hallaban diseminadas las casas de la aldea y muy cerca terrazas construidas artificialmente donde se criaban vides de uva negra; en la parte más rocosa crecían olivos de los que se recogían aceituna. En los campos de la falda de la colina se cultivaba trigo, cebada y mijo; en el extremo occidental brotaba un manantial. En este entorno se movió Jesús durante sus primeros años: cuesta arriba, cuesta abajo y alguna escapada hacia unos olivos cercanos o hasta el manantial.

Nazaret era una aldea pequeña y desconocida, de apenas doscientos a cuatrocientos habitantes. Nunca aparece mencionada en los libros sagrados del pueblo judío. De ordinario, las casas daban a un patio que era compartido por tres o cuatro familias del mismo grupo y donde se hacía buena parte de la vida doméstica. Allí

tenían en común el pequeño molino donde las mujeres molían el grano y el horno en el que cocían el pan. Allí se depositaba también los aperos de labranza. Este patio era el lugar más apreciado para los juegos de los más pequeños, y para el descanso y las tertulias de los mayores al atardecer.

Jesús ha vivido en una de estas humildes casas y ha captado hasta en sus menores detalles la vida de cada día. Sabe cuál es el mejor lugar para colocar el candil. Ha visto a las mujeres barriendo el suelo pedregoso con una hoja de palmera para buscar alguna moneda perdida. Conoce lo fácil que es penetrar en algunas casas abriendo un boquete para robar las pocas cosas de valor que se guardan en su interior. Ha visto cómo su madre y las vecinas salen al patio al amanecer para elaborar la masa del pan con un trozo de levadura. Las ha observado mientras remiendan la ropa y se ha fijado en que no se puede echar en un vestido viejo un remiendo de tela sin estrenar. Ha podido sentir cómo alguien se ha levantado de noche.

Vivir en Nazaret es vivir en el campo. Jesús ha vivido en medio de la naturaleza, con los ojos muy abiertos al mundo que le rodea. Basta oírle hablar. La abundancia de imágenes y observaciones tomadas de la naturaleza nos muestran a un hombre que sabe captar la creación y disfrutarla. Jesús se ha fijado muchas veces en los pájaros que revolotean en torno a su aldea; no siembran ni almacenan en graneros, pero vuelan llenos de vida, alimentados por Dios, su Padre. Le ha entusiasmado las anémonas rojas que cubren en abril las colinas de Nazaret; ni Salomón en toda su gloria se vistió como una de ellas. Observa con atención las ramas de las higueras: de día en día les va brotando hojas tiernas anunciando que el verano se acerca. Se le ve disfrutar del sol y de la lluvia, y dar gracias a Dios, que “hace salir el sol sobre buenos y malos, y manda la lluvia sobre justos e injustos”. Mira los grises nubarrones que anuncian la tormenta y siente en su cuerpo el viento pegajoso del sur, que indica la llegada de los calores.

Jesús no solo vive abierto a la naturaleza. Más adelante invitará a la gente a ir más allá de lo que se ve en ella. Su mirada es una mirada de fe. Admira las flores del campo y los pájaros del cielo, pero intuye tras ellos el cuidado amoroso de Dios por sus criaturas. Se alegra por el sol y la lluvia, pero mucho más por la bondad de Dios para con todos sus hijos, sean buenos o malos. Sabe que viento “sopla donde quiere”, sin que se pueda precisar “de dónde viene y a dónde va”, pero él percibe a través del viento una realidad más profunda y misteriosa: el Espíritu de Dios. Jesús no sabe hablar sino desde la vida. Para sintonizar con él y captar su experiencia de Dios es necesario amar la vida y sumergirse en ella, abrirse al mundo y escuchar la creación.

En Nazaret, la familia lo era todo: el lugar de nacimiento, escuela de vida y garantía de trabajo. Fuera de la familia, el individuo queda sin protección ni seguridad. Solo en la familia encuentra su verdadera identidad. Esta familia no se reducía al pequeño hogar formado por los padres y sus hijos. Se extendía a todo el clan familiar, agrupado bajo una autoridad patriarcal y formado por todos los que hallaban vinculados en algún grado por parentesco de sangre o por matrimonio.

En contra de lo que solemos imaginar, Jesús no vivió en el seno de una pequeña célula familiar junto a sus padres, sino integrado en una familia más extensa. Los evangelios nos informan de que Jesús tiene cuatro hermanos que se llaman Santiago, José, Judas, y Simón y también a algunas hermanas a las que dejan sin nombrar, por la poca importancia que se le daba a la mujer. Probablemente estos hermanos y hermanas están casados y tienen su pequeña familia. En una aldea como Nazaret, la “familia extensa” de Jesús podía constituir una buena parte de la población. Abandonar la familia era muy grave. Significaba perder la vinculación con el grupo protector y con el pueblo. El individuo debía buscar otra “familia” o grupo. Por eso, dejar la familia de origen era una decisión extraña y arriesgada. Sin embargo llegó un día en que Jesús lo hizo. La ruptura con su familia marcó su vida de profeta itinerante.

Había dos aspectos, al menos, en estas familias que Jesús criticaría un día. En primer lugar, la autoridad patriarcal, que lo dominaba todo. El negociaba los matrimonios y decidía el destino de las hijas. El definía los derechos y deberes. Jesús hablará más tarde de unas relaciones más fraternas donde el dominio sobre los demás ha de ser sustituido por el mutuo servicio.

Tampoco la situación de la mujer era la que Jesús defendería más tarde. La mujer era apreciada sobre todo por su fecundidad y su trabajo en el hogar. No tenía contacto con los varones fuera de su grupo de parentesco. En realidad, la mujer siempre pertenecía a alguien. La joven pasaba del control de su padre al de su esposo. Su padre la podía vender como esclava para responder de las deudas. Su esposo la podía repudiar abandonándola a su suerte. Era especialmente trágica la situación de las mujeres repudiadas y las viudas, que se quedaban sin honor, sin bienes y sin protección, al menos hasta que encontrara un varón que se hiciera cargo de ellas. Más tarde, Jesús defenderá a las mujeres de la discriminación, las acogerá entre sus discípulos y adoptará una postura rotunda frente al repudio decidido por los varones.

Como todos los niños de Nazaret, Jesús vivió los siete u ocho primeros años de su vida bajo el cuidado de su madre y de las mujeres de su grupo familiar. En estas aldeas de Galilea, los niños eran los miembros más débiles y vulnerables, los primeros en sufrir las consecuencias del hambre, la desnutrición y la enfermedad. Los niños eran sin duda apreciados y queridos, también los huérfanos, pero su vida era especialmente dura y difícil. A los ocho años, los niños varones eran introducidos sin apenas preparación en el mundo autoritario de los hombres, donde se les enseñaba a afirmar su masculinidad cultivando el valor, la agresión sexual y la sagacidad. Años más tarde, Jesús adoptará ante los niños una actitud poco habitual en este tipo de sociedad. No era normal que un varón honorable manifestara hacia los niños esa atención y acogida que las fuentes cristianas destacan en Jesús, en contraste con otras reacciones más frecuentes. Su actitud está fielmente recogida en estas palabras: “Dejad que los niños se me acerquen, no se lo impidáis, pues los que son como estos tienen a Dios como rey (Mc 10,14)

(José Antonio Pagola. Jesús. 39-45.PPC.Madrid 2007)

2. TEXTOS

1ª LECTURA: ECLESIAÍSTICO 3, 2-6. 12-14

Dios hace al padre más respetable que a los hijos y afirma la autoridad de la madre sobre su prole. El que honra a su padre expía sus pecados, el que respeta a su madre acumula tesoros; el que honra a su padre se alegrará de sus hijos y, cuando rece, será escuchado; el que respeta a su padre tendrá larga vida, al que honra a su madre el Señor lo escucha.

Hijo mío, sé constante en honrar a tu padre, no lo abandones mientras vivas; aunque chochee, ten indulgencia, no lo abochornes mientras vivas. La limosna del padre no se olvidará, será tenida en cuenta para pagar tus pecados.

Unos dos siglos antes de Cristo comenzó en Palestina la helenización de las ideas y las costumbres. Al principio fue un proceso favorecido por la moda de la clase dirigente. Ben Sirá, el autor del Eclesiástico, representa la vieja sabiduría de Israel que sale al paso de estas innovaciones. Es comprensible que en aquella situación de colonización cultural, el sabio de Israel se preocupara especialmente de la educación de la juventud y pusiera sus ojos en la familia, que siempre ha sido el baluarte de las tradiciones de un pueblo.

El esquema de la familia es patriarcal: el padre, la madre y los hijos constituyen una jerarquía, un orden santo que es menester conservar a toda costa. Una familia así privilegia el pasado y la estabilidad, consiguiendo la tradición y el orden. Para mantener dicha estructura en beneficio de la herencia espiritual de Israel, Ben Sirá inculca a los jóvenes todas aquellas virtudes que la favorecen: la obediencia, el respeto a los mayores, la solicitud por los padres que se encuentran en necesidad y confiere a dichas virtudes un valor religioso.

La estructura de la familia va cambiando en la historia. Sería absurdo pensar que el modelo de la familia patriarcal es el modelo perfecto, o el único deseado por Dios. Desde nuestra situación histórica, es preciso acentuar también el respeto que merecen los hijos a los padres y la igualdad de la mujer frente a su marido.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 127

Dichosos los que temen al Señor y siguen sus caminos.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos. Comerás del fruto de tu trabajo, serás dichoso, te irá bien. R.

Tu mujer, como parra fecunda, en medio de tu casa; tus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de tu mesa. R.

Ésta es la bendición del hombre al teme al Señor. Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén todos los días de tu vida. R.

Hermanos:

Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de la misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión.

Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro.

El Señor os ha perdonado: haced vosotros lo mismo.

Y por encima de todo esto, el amor, que es el ceñidor de la unidad consumada.

Que la paz de Cristo actúe de árbitro en vuestro corazón; a ella habéis sido convocados, en un solo cuerpo.

Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza; enseñaos unos a otros con toda sabiduría; corregíos mutuamente.

Cantad a Dios, dadle gracias de corazón, con salmos, himnos y cánticos inspirados.

Y, todo lo que de palabra o de obra realicéis, sea todo en nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.

Mujeres, vivid bajo la autoridad de vuestros maridos, como conviene en el Señor. Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas.

Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que eso le gusta al Señor. Padres, no exasperéis a vuestros hijos, no sea que pierdan los ánimos.

Con gran facilidad se pasa de la vida en la comunidad a la vida en la familia. También la familia humana es familia de Dios, es Iglesia. También en la familia humana se construye la iglesia y se continúa la acción de gracias al Padre por medio de Cristo. Pablo se dirige a las mujeres y a los maridos, a los padres y a los hijos, y les anima a vivir según conviene "en el Señor".

Aunque en el pensamiento de Pablo subyace el esquema de la familia patriarcal, alienta aquí el nuevo espíritu de la fraternidad cristiana

EVANGELIO: LUCAS 2, 22-40

22-24 *Cuando llegó el tiempo de la purificación, según la ley de Moisés, los padres de Jesús lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor, de acuerdo con lo escrito en la ley del Señor: «Todo primogénito varón será consagrado al Señor», y para entregar la oblación, como dice la ley del Señor: «un par de tórtolas o dos pichones.»*

José y María siguen integrando a Jesús en la cultura y religión judías. Pretenden cumplir con él todos los requisitos que manda la Ley, a la par que purificarse la madre de su impureza legal. La madre, después de dar a luz, quedaba legalmente impura: debía permanecer en casa otros treinta y tres días. El día cuarenta debía ofrecer un sacrificio en la puerta de Nicanor, al este del Atrio de las Mujeres. Por otro lado, todo primogénito varón debía ser consagrado a Dios (Ex 13,2.12.15) para el servicio

del santuario y rescatado mediante el pago de una suma (Nm 18,15-16). Lucas no menciona rescate alguno. Habla, en cambio, del sacrificio expiatorio de los pobres (Lv 12,8) ofrecido para la purificación.

25-26 *Vivía entonces en Jerusalén un hombre llamado Simeón, hombre justo y piadoso, que aguardaba el consuelo de Israel; y el Espíritu Santo moraba en él. Había recibido un oráculo del Espíritu Santo: que no vería la muerte antes de ver al Mesías del Señor. Impulsado por el Espíritu, fue al templo.*

En Simeón se alarga el AT para empalmar con el Nuevo; estira el cuello, dibuja Schökel, para ver al personaje que llega. La esperanza ha alimentado su vida, la expectación alimenta su vejez no dejándole morir. La esperanza se funda en muchas profecías, la expectación en una promesa personal del Espíritu Santo.

27-32 *Cuando entraban con el niño Jesús sus padres para cumplir con él lo previsto por la ley, Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:*

- «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz.

Porque mis ojos han visto a tu Salvador, a quien has presentado ante todos los pueblos: luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel.»

A diferencia de Zacarías, quien, inspirado por el Espíritu Santo en un momento puntual, entonó un cántico de liberación, aunque circunscrito al pueblo de Israel, Simeón actúa permanentemente movido por el Espíritu. Acude al templo, no para celebrar un rito o para cumplir un precepto, sino movido por una inspiración divina.

Como en otro tiempo Abrahán, Jacob y Tobías, «también él» podrá «irse en paz» porque ha visto realizado lo que esperaba. «Ahora» se corresponde con el «hoy» del ángel a los pastores: ya se ha inaugurado la etapa final de la historia humana. «Siervo/Dueño», mentalidad veterotestamentaria de respeto y sumisión a Dios; falta todavía un buen trecho hasta que este niño nos revele la nueva relación «Hijo/Padre».

Simeón tiene los ojos tan aguzados, gracias a la permanencia en él del Espíritu Santo, que ha logrado penetrar en lo más hondo del plan de Dios: con su mirada profética ha logrado traspasar los límites estrechos de Israel e intuir que la salvación que traerá el Mesías será «luz» en forma de «revelación» para los paganos, liberándolos de la tiniebla/opresión que los envuelve, y de «gloria» para el pueblo de Israel.

33-35 *Su padre y su madre estaban admirados por lo que se decía del niño. Simeón los bendijo, diciendo a María, su madre: - «Mira, éste está puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; será como una bandera discutida: así quedará clara la actitud de muchos corazones. Y a ti, una espada te traspasará el alma.»*

Ante la incomprensión de los padres del niño en todo lo que hace referencia a su futura función mesiánica (se anticipa la incomprensión de que será objeto Jesús entre los suyos), Simeón, dirigiéndose a la madre y usando el mismo lenguaje de María en el cántico, revela que Jesús será un signo de contradicción y que esto lo llevará a la cruz.

El foco, ahora, trata de atraer la atención de María, «la madre» (se excluye José, dejando entrever que éste habría ya muerto antes de que se produjeran estos hechos), sobre el gran revuelo que levantará en Israel la aparición de Jesús, su rechazo por parte de unos, para quienes se convertirá en tropiezo, y su aceptación por parte de otros, para quienes se convertirá en cimiento o piedra angular

36-38 *Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una mujer muy anciana; de jovencita había vivido siete años casada, y luego viuda hasta los ochenta y cuatro; no se apartaba del templo día y noche, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones. Acercándose en aquel momento, daba gracias a Dios y hablaba del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén.*

Después de Simeón interviene Ana, una profetisa viuda que pasaba su vida orando en el templo. Una “santa” del Antiguo Testamento que encarna la figura de los pobres de Yahvé, los cuales esperaban en la oración y la pobreza la llegada de la salvación definitiva. Ahora puede proclamar que la liberación del pueblo de Dios, representado por la ciudad santa de Jerusalén, empieza a realizarse.

Mediante las tres etapas de la larga vida de Ana, traza Lucas los períodos más importantes (tres es marca de totalidad) de la vida del pueblo de Israel representada por ella: «virginidad», cuando Dios pactó con ella una alianza y la tomó por esposa; «casada con su marido», período de buenas relaciones de Dios con su pueblo; «viuda», por la ruptura de la alianza.

39-40 *Y cuando cumplieron todo lo que prescribía la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. El niño iba creciendo y robusteciéndose, y se llenaba de sabiduría; y la gracia de Dios lo acompañaba.*

Durante los primeros años de su vida (antes de alcanzar los doce años, momento de su presentación a Israel), Lucas subraya el crecimiento y afianzamiento del niño, en paralelo con el de Juan Bautista, pero acentuando su superioridad respecto al precursor. La sabiduría va dando a Jesús una visión profunda sobre el plan de Dios. La presencia continua del favor divino indica una limpidez sin obstáculos. Jesús, que había nacido en la más completa marginación, no se separa de su entorno familiar, mientras que Juan, que había visto la luz rodeado de sus familiares, parientes y vecinos, aguardó en el desierto el momento de su presentación a Israel.

3. PREGUNTAS

1. LOS CONSEJOS DE PABLO:

Pablo nos da consejos para la convivencia familiar. Se requiere humildad, acogida mutua, paciencia. **Y si fuese necesario: perdonar.** Así actúa Dios con nosotros, cientos de veces. ¿O no?

La tarea que más me gusta, como llamada personal, es aquella de “**revestíos de misericordia entrañable**”. Os sugiero que cada cual medite, profundice y practique algunos de los consejos de Pablo en la familia.

¿A cuál me apunto?

2. LAS CINCO FIGURAS DEL EVANGELIO

Simeón, lleno de esperanza y movido por el Espíritu, nos enseña que a pesar de los tiempos convulsos que pasamos con el tema de la familia (violencia, divorcios, nuevas formas de convivencia, “casapensión”) solo en Dios está el fundamento de nuestro ser y quehacer y que a pesar de las complicaciones que arrastra la vida de familia es el Espíritu el que nos mueve a una mayor libertad y amor.

Ana, la buena mujer que espera, me recuerda a las abuelas, que tanto hacen para que en el hogar haya armonía y paz. Y cómo suplen el desinterés que los padres ponemos en transmitir la fe a nuestros hijos. Cómo de una forma natural y sencilla les van instruyendo y acompañando en la prácticas religiosas.

María y José, desde el principio les vemos como profundos creyentes y cumplidores de todo aquello que mandaba la Ley de Moisés. Familia pobre que solo puede ofrecer dos pichones. Que no se desaniman cuando se le anuncian dificultades y sacrificios. Y están dispuestos a que se haga la voluntad de Dios, aunque no lleguen a comprender, en algunas situaciones, lo que Dios les pide.

Jesús, en familia, crecía y robustecía su cuerpo y su espíritu, se llenaba de sabiduría (¡cuánto aprendería de José y María!), y la gracia de Dios lo acompañaba.

Es verdad que amplió, con cierta ruptura, el modelo de familia tradicional de su época, pero en ella aprendió los valores del Reino, en ese saborear lento y profundo, de la vida en la aldea, que luego practicaré con su grupo: la ayuda mutua, el perdón sin límites, la atención al que nadie quiere, la acogida a todos (mujeres, niños, mendigos, ciegos, leprosos etc.) y a enseñarnos a amar a un Dios Padre/Madre cercano y compasivo.

Hoy estamos asistiendo a un cambio profundo de la institución familiar entre nosotros. Sin embargo lo esencial, revestido de formas diversas, siempre permanecerá. Y lo esencial es el amor. Todos estamos necesitados de experiencias fundamentales y liberadoras de amor. Y la familia es, tal vez, el marco privilegiado para vivir una experiencia de amor gratuito, confiado y libre de dependencias y miedos.

Juan García. Parroquia San Pablo. HUELVA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>